

Que ornó la sien de María.
 Debemos adquirir ciencia,
 Y más virtud que saber,
 Porque también la mujer
 Ha de ilustrar su conciencia.

La ciencia sola no basta,
 Y aun suele ser grave mal,
 Que "las luces sin moral
 Son cual fuego que devasta."

Seamos siempre piadosas,
 Que en la vida viene á ser,
 La piedad en la mujer,
 Lo que el perfume á las rosas.

Honremos á nuestros padres
 Con atenciones prolijas,
 Porque de las buenas hijas
 Se forman las buenas madres.

Presa de soberbia extrema
 La sociedad insensata,
 La torpe lengua desata,
 Y contra el Señor blasfema.

Compañeras, á luchar
 Nuestras almas preparemos;
 Porque siempre ser debemos
 Apóstoles del hogar.

Guardemos en lo profundo
 Del alma, fé y religion:
 Cumplamos nuestra mision
 Y salvaremos al mundo.

Discurso pronunciado por el Sr. D.
 Diego Hernandez.

SEÑORES:

Hemos llegado á una época en que de tal manera se han ensanchado los horizontes de la inteligencia humana, en que son tantos y tan asombrosos los monumentos del genio en todos los ramos del saber, que parece que el progreso va tocando á la ple-

nitud de su desarrollo. Hoy el mundo no marcha, el mundo corre, arrastrado por una especie de frenesí hácia un término desconocido, que parece presentir muy cercano. El progreso es la vida dominante, es la fisonomía característica del siglo diez y nueve. Pero, señores, triste es decirlo, en las vías que la humanidad sigue para realizar su mejoramiento, hay divergencia, porque no está de acuerdo sobre el principio y el fin del progreso.

Para aquellos á quienes seduce la misteriosa manzana que perdió al género humano en su cuna, el progreso no es más que el resultado necesario de las fuerzas expansivas de la inteligencia humana; y para ellos ese progreso seguirá desenvolviéndose en un vacío sin límites, donde irá realizando felicidades desconocidas que convertirán la tierra en un paraíso.

Mas, para los creyentes, para los que guardan la luz con que el Verbo increado disipó las tinieblas del mundo, el progreso es el resultado de los esfuerzos del hombre, para conquistar las perfecciones que por una triste debilidad perdió en el Eden: es ese movimiento ascendente hácia lo infinito, que habiendo comenzado en el Calvario, se dilata en el tiempo y se termina en la eternidad.

[Continuará.]

Por la redaccion, traducciones é inserciones, N. Parga.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Responsable,--N. Parga.

Imp. de N. Parga.

Tom. 2.

Guadalajara, Abril 22 de 1879.

NUM. 32.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

ENCICLICA

DE S. S. LEON XIII.

A nuestros venerables hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos de todo el orbe católico, en gracia y comunión con la Silla Apostólica.

LEON XIII, PAPA.

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.

Desde nuestro advenimiento al Pontificado y obedeciendo á los deberes que nos impone nuestro cargo apostólico, no hemos cesado en las Letras Encíclicas que os hemos dirigido, venerables hermanos, de mostrar la peste mortal que se inocula en los miembros íntimos de la sociedad humana, poniéndola en el más inminente de los peligros. Os hemos indicado al mismo tiempo los más eficaces remedios para que la sociedad pueda recobrar la salud y

librarse de los graves peligros que la amenazan. Pero los males que entonces deploramos se han desarrollado con tal rapidez, que de nuevo Nos vemos obligados á volvernos hácia vosotros, oyendo resonar en nuestros oídos, estas palabras del profeta: *¡Clama, no ceses de clamar, eleva tu voz como una trompeta!* (Is. LVIII, 1). Ya comprendereis sin esfuerzo, venerables hermanos, que aludimos á esta secta de hombres, que bajo nombres diversos y casi bárbaros, se denominan *socialistas, comunistas ó nihilistas*, y que esparcidos en el mundo entero, y estrechamente ligados entre sí por un vínculo de iniquidad, ya no se recatan al abrigo de las tinieblas de conciliábulos secretos, sino que se muestran llenos de confianza á toda luz, y se esfuerzan en llevar á término el designio formado desde hace largo tiempo de trastornar los fundamentos de toda sociedad civil. Ellos son, sin duda, los que se designan así en las Sagradas Escrituras: *manchan la carne, desprecian el poder y blasfeman de la Majestad.* (Jud. cap. 8.) Esos

hombres ni respetan lo que tan sabiamente se ha establecido por las leyes divinas y humanas para la seguridad y la honra, y rehusan toda obediencia á los poderes supremos á quienes, segun el Apóstol, toda alma debe estar sometida, porque de Dios recibe el derecho de mandar, y proclama una igualdad absoluta de todos los hombres, en derechos y dignidades.—Deshonrar la union natural del hombre y de la mujer, consagrada aun entre las naciones bárbaras, y ese vínculo; principal sosten de la sociedad doméstica, lo relajan aquellos hombres y aun lo hacen juguete del capricho.—En fin, seducidos por la codicia de los bienes presentes, que es *raiz de todos los males y cuya influencia ha hecho errar á muchos en la fé* [I. Tim. VI, 10], combaten el derecho de propiedad sancionado por la ley natural; y por un crimen abominable, mientras aparentan proveer á las necesidades y satisfacer los deseos de los hombres, procuran arrebatar y hacer comun todo lo que fué adquirido á título de legítima herencia, ó por el trabajo intelectual y material, ó por medio de justas economías. Y proclaman estos monstruosos errores en sus conciliábulos, y los defienden por medio de folletos, y se sirven de los periódicos para difundirlos en el pueblo. El resultado de todo esto, ha sido que la magestad venerable y el poder de los reyes sean un objeto de tanto odio para las turvas sediciosas

que miserables alevosos, sacudiendo todo freno, en un corto periodo de tiempo, ha vuelto varias veces sus armas con audacia impía contra los mismos jefes de los Estados.

Semejante audacia de hombres pérfidos que amenaza con una ruina más y más grave á la sociedad civil, y colma de inquietud y de espanto á todos los espíritus, tiene su origen y su causa en esas doctrinas venenosas que, esparcidas en épocas anteriores como gérmenes de corrupcion, en medio de los pueblos, han producido á su tiempo frutos de muerte.

Muy bien sabeis, en efecto, venerables hermanos, que la guerra encarnizada movida por los novadores, desde el siglo XVI contra la fé católica, guerra que ha ido creciendo día á día hasta la época presente, tiene por objeto desechar toda revelacion, trastornar todo orden natural, para dar acceso á todas las invenciones, ó mas bien dicho, á todas las divagaciones de la razon abandonada á sí misma.

Este error, que toma injustamente su nombre de la razon, halaga y excita el deseo que el hombre tiene naturalmente de elevarse, y suelta el freno á todas sus pasiones, causando funestos estragos, no solo en el espíritu de muchos individuos, sino tambien en la sociedad civil. De aquí ha provenido que, por una nueva impiedad, desconocida aun de los paganos, los Estados se constituyen hoy sin contar para nada con Dios,

ni con el orden que Él estableció, y declarando que la autoridad pública no emana de Dios, ni de El recibe su majestad y su fuerza, sino que proviene de la multitud, se reputa ésta libre de toda sancion divina, y no consiente someterse mas que á las leyes que ella misma dicte, segun su capricho.—Habiendo sido combatidas las verdades sobrenaturales de la fé y desechadas como contrarias á la razon, el mismo Autor y Redentor del género humano, insensiblemente y por grados, ha sido arrojado de las universidades, de los liceos, de los colegios y de todos los actos públicos de la vida humana.

En fin, entregadas al olvido las recompensas y las penas eternas de la vida futura, el deseo ardiente de la felicidad ha sido circunscrito á los límites del tiempo presente.—Difundidas ampliamente estas doctrinas por donde quiera, é introduciéndose en todas partes esta exagerada licencia de pensamiento y accion, no debe sorprender que los hombres de condicion mas ínfima, cansados de la pobreza y del encierro en su estrecho taller, ardan en deseos de invadir los palacios y la fortuna de los ricos; tampoco debe sorprender que vaya desapareciendo la tranquilidad de la vida pública y privada, ni que el género humano casi toque el borde del abismo.

Sin embargo, los Pastores supremos de la Iglesia, á quienes incumbe el cuidado de preservar al rebaño

del Señor, de las acechanzas del enemigo, se han dedicado desde el principio á auyentar el peligro y á proveer á la salud de los fieles. En efecto, desde que comenzaron á formarse las sociedades secretas, en cuyo seno incubaba el germen de los errores que hemos señalado, los Pontífices romanos Clemente XII y Benedicto XIV, no cesaron de mostrar los designios impíos de las sectas y advertir á los fieles del mundo entero, el terrible mal que se estaba preparando en las tinieblas. Despues, cuando aquellos que se gloriaban del nombre de filósofos, hubieron atribuido al hombre una especie de independencia desenfrenada, y empezaron á inventar, contra la ley natural y divina, lo que se llama el derecho nuevo; el Papa Pio VI, de feliz memoria, señaló inmediatamente en documentos públicos, el carácter malévolo y la falsedad de sus doctrinas, y al mismo tiempo predijo con penetracion apostólica el estado ruinoso en que caería el pueblo, miserablemente engañado. Sin embargo, como no se tomó ninguna medida eficaz para impedir que las perversas doctrinas de las sectas se difundiesen más y más entre los pueblos, y penetrasen en los actos públicos de los gobiernos, los Papas Pio VII y Leon XII, lanzaron sus anatemas contra las sociedades secretas y advirtieron de nuevo al mundo el peligro que le amenazaba. En fin, nadie ignora con que gravedad de

palabras, con que firmeza de espíritu y con cuanta perseverancia, nuestro glorioso predecesor Pio IX, de feliz memoria, combatió, ya en alocuciones, ya en letras Encíclicas dirigidas á los obispos de todo el orbe, los inicuos esfuerzos de las sectas y señaladamente la plaga del socialismo, que comenzaba á desbordarse.

Mas, por una ceguera deplorable, los que estan encargados de vigilar por el bien público, engañados con las arterias de los impíos y espantados de sus amenazas, siempre han dado pruebas de desconfianza y aun de injusticia respecto de la Iglesia, sin comprender que todos los esfuerzos de las sectas habrian sido impotentes, si la doctrina de la Iglesia Católica y la autoridad de los Pontífices romanos fuera siempre debidamente respetada por los príncipes y por los pueblos, porque la *Iglesia del Dios vivo, columna y sosten de la verdad* [1. Tim. III. 13], es la que enseña las doctrinas y los principios cuya virtud asegura enteramente la existencia y la tranquilidad de la sociedad, y arranca de raíz todos los gérmenes funestos del socialismo.

En efecto, aunque los socialistas abusen del Evangelio mismo, á fin de engañar mas fácilmente á los espíritus mesquinos, y á pesar de que acostumbren dar tortura á los textos sagrados, para acomodarlos á su intento, la divergencia entre esas doctrinas depravadas y las de Jesucristo no podia ser mas grande; por-

que, *¿qué puede haber de comun entre la justicia y la iniquidad? ó ¿qué union es posible entre la luz y las tinieblas?* (Corint., VI, 14.) Aquellos no cesan de proclamar, como hemos dicho, la igualdad de todos los hombres segun la naturaleza, y afirman apoyándose en este principio, que no se debe ni honra ni respeto a la autoridad, ni obediencia á las leyes, si no es á las que ellos mismos establezcan segun su capricho.—El Evangelio, al contrario, nos enseña que la igualdad de los hombres consiste en que todos, dotados de igual naturaleza, son llamados á la misma dignidad superior de hijos de Dios, y que habiendo sido todos criados para el mismo fin, todos serán juzgados por la misma ley, y recibirán las penas ó recompensas que hayan merecido. Mas la desigualdad de derechos y de poder, procede del Autor mismo de la naturaleza, *de quien toda paternidad es designada en el cielo y sobre la tierra.* [Efes. III, 15.] En cuanto á los príncipes y los súbditos, sus conciencias están ligadas, segun la doctrina y los preceptos católicos, por derechos y deberes mutuos, de manera que el ejercicio del poder sea moderado, y la obediencia se haga fácil, constante y noble.

La Iglesia inculca constantemente á los súbditos el precepto del Apóstol: *No hay potestad sino de Dios: y las que son de Dios, son ordenadas. Por lo cual, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios;*

y los que resisten, ellos mismos atraen á sí la condenacion. Y tambien ordena estar sometido *no solamente por la ira, mas tambien por conciencia; y pagar á todos lo que se les debe; á quien tributo, tributo; á quien pecho, pecho; á quien temor, temor; á quien honra, honra.* [Rom. XIII].

El que ha criado y gobierna todas las cosas, ha arreglado en su sabiduría providencial, que los pequeños con la ayuda de los medianos y los medianos con la ayuda de los mayores, alcancen cada uno su fin. Y así como ha querido que en el cielo los coros de los ángeles sean distintos y estén subordinados los unos á los otros; y así como en la Iglesia ha instituido grados en las órdenes y en la diversidad de oficios, de modo que todos no sean apóstoles, ni todos doctores, ni todos pastores (1 Cor., 12.), así tambien ha establecido que en la sociedad civil haya diversos órdenes, diferentes en dignidad, en derechos y en poder, á fin de que la ciudad fuese como la Iglesia, un solo cuerpo, que comprendiera un gran número de miembros los unos más nobles que los otros, pero todos necesarios los unos á los otros, y todos cuidadosos del bien comun.

Mas para que los que rigen los pueblos usen del poder que se les ha concedido, para edificar y no para destruir, la Iglesia de Cristo advierte, muy apropósito, que la severidad del Juez Supremo amenaza tambien

á los príncipes; y con las palabras de la sabiduría divina, dice á todos en nombre de Dios: *Escuchad vosotros, que regís á las multitudes y os complacéis en el número de las naciones; porque os ha sido dado el poder por el Señor, y la fuerza por el Altísimo, que investigará vuestras obras, escudriñará vuestros pensamientos..., porque el juicio será más duro para con el que mande..... Dios, en efecto, no exceptuará á ninguno y no temerá la grandeza de ninguno; porque El ha hecho al pequeño y al grande, y cuida igualmente de todos; pero un castigo mas fuerte está reservado para los mas fuertes.* (Sab. VI.)

Por tanto, cuando sucede alguna vez que el poder público se ejerza por los príncipes temerariamente y traspasando los justos límites, la doctrina de la Iglesia católica no permite que se revelen contra ellos por propio movimiento, temerosa de que la tranquilidad del orbe se turbe más y más, y la sociedad sufra todavía daños mayores. Y cuando las cosas lleguen á punto de que no brille ya una esperanza de salud, la Iglesia enseña que el remedio debe apresurarse por medio de la paciencia cristiana y de fervientes súplicas á Dios. Si la voluntad de los legisladores y de los príncipes ha sancionado ú ordenado algo que esté en oposicion con la ley divina ó natural, la dignidad y el deber del hombre cristiano, así como el precepto apostólico, prescriben que se obedez-